

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA
BIBLIOTECA SELECTA DE CLÁSICOS ESPAÑOLES

JUAN MELÉNDEZ VALDÉS

P O E S Í A S
I N É D I T A S

INTRODUCCIÓN BIBLIOGRÁFICA
DE
ANTONIO RODRIGUEZ-MOÑINO



MADRID
1954

INDICE GENERAL

	<i>Págs.</i>
Introducción bibliográfica	7
I. Noticia preliminar	9
II. Bibliografía	21
III. Índice alfabético de primeros versos	87
Poesías inéditas	143
Índice de las poesías publicadas	255
Índice general	257

I. NOTICIA PRELIMINAR

La primera edición de las *Poesías* de Meléndez Valdés aparece en la imprenta madrileña de Ibarra en 1785. El catedrático salmantino, fiel a su temperamento lleno de dudas y vacilaciones, sólo después de oficiales triunfos en 1784, se decide a reunir en un par de volúmenes una selección de lo hasta entonces realizado y que sólo era conocido de contertulios, familiares y amigos. Parecía lógico poner al frente el nombre del queridísimo que fue su guía y consejero, su orientador y aliento en la etapa literaria recorrida, y así lo hizo: precede al tomito una *Epístola dedicatoria* a Don Gaspar Melchor de Jovellanos en la cual, al mismo tiempo que su gratitud y amistad, expresa que sus versos no tienen aliento épico, satírico o moralizador, sino que se emplea en cantar

el delicado trino
de un colorín: el discurrir suave
de un arroyuelo entre pintadas flores:
de la traviesa mariposa el vuelo;
y una mirada de Dorila o Filis,
un favor, un desden, su voz incitan;
y reclinado en la mullida yerba
tranquilo ensayo mil alegres tonos
que el valle escucha y que remeda el eco.

Se creyó en el caso Meléndez de justificar un poco la aparición de sus versos en una *Advertencia* que arranca sentando su absoluta tranquilidad ante las posibles sátiras

corrosivas, tan en boga entonces: «el autor, dice, se burlará de las críticas necias o pueriles que hagan de él algunos a quien su modo de escribir no es agradable». Ni gongorino ni prosaico, aspira a colocarse en un justo medio en el cual la belleza del buen español sin torceduras coadyuve a realzar la pura gracia lírica.

Y viene, como de la mano, el problema del lenguaje. Sin llegar al castellano de taracea, ridiculizado por el fabulista Iriarte y que luego, entrado el siglo XIX, ha de engendrar nubarrón de escritores *en fabla* falsa y artificial, propugna Meléndez una vuelta a los clásicos dignos de tal nombre: Garcilaso, Fray Luis de León, Herrera, Hurtado de Mendoza, Fray Luis de Granada y Mariana.

Tal cual arcaísmo, tal locución poco frecuente, dosificados como es lógico, dan nervio y vigor al discurso y «contribuyen maravillosamente a sostener la riqueza y noble magestad de nuestra lengua: valiera más restablecer su uso que adoptar otras voces y frases de origen ilegítimo que la desfiguran y ofenden».

Por lo que respecta a los asuntos, también siente Meléndez Valdés necesidad de justificarse. Las poesías del primer tomo son en cierto modo distracciones literarias, ocios de más graves tareas; escritas en plena juventud—algunas casi en la infancia—responden en un todo a los estímulos de la edad: hay que perdonarles, pues, su falta de sazón. En el segundo volumen irán poesías serias, probablemente las últimas redactadas, más en consonancia con la gravedad de sus ocupaciones de entonces, porque «el ingenio del hombre sigue de ordinario los progresos de su naturaleza, y se va acomodando como ella a la edad, estado, destino y situaciones de cada individuo».

Por otra parte el cultivo de la musa pastoril no estaba reñido con la severidad exigida al pedagogo salmantino: un catedrático de Humanidades en la Universidad más

importante de España, tenía la obligación de demostrar cumplidamente que su conocimiento de las letras no era pura teoría, sino que en la práctica alcanzaba a plasmar en realidades lo propugnado en el aula.

Nada menos que ciento seis composiciones integran el lindo tomito salido de las prensas de Don Joaquín Ibarra, dividido en dos partes perfectamente separadas. Contiene la primera, además de la *Epistola* a Jovellanos, que hemos mencionado, una serie de veinticinco Odas anacreónticas rematada por cuatro unidas por un título común: *La Inconstancia, Odas a Lisi*; viene después el bellissimo conjunto de quince poemas dedicados a *La paloma de Filis*, seis letrillas y trece romances pastoriles.

La segunda parte, en la que sólo por excepción utiliza el metro corto, se abre con una *Elegía* en tercetos, a la cual siguen veintiuna odas de varios temas, otra *Elegía a la muerte de Filis*, que acaba en un soneto bellissimo con reminiscencias clásicas; quince sonetos pastoriles, digno alguno de ir firmado por Lope de Vega; una larga composición titulada *El lecho de Filis* y, a modo de apéndice, dos letrillas: *La flor del Zurgen* y *La despedida*.

Ignoramos las razones que tuvo Meléndez Valdés para no dar a este volumen el segundo prometido, pero lo cierto es que no llegó a ver la luz el que debía de contener las «poesías de carácter más grave, y menos dignas del ceño de los lectores melindrosos». El público acogió con tan extraordinario entusiasmo estos versos limpios, sencillos y llenos de sensibilidad, que pronto alcanzaron el honor de las reimpressiones fraudulentas. Los libreros, viendo fácil negocio, hicieron ediciones copiosas siguiendo la original a plana y renglón, incluso muchos años después de haberse publicado: testigo de ello la que lanzó Don Manuel Alvarez en 1798.

Meléndez, años adelante, se limita a decirnos que este